

CUARTA PARTE

EL IDILIO EN LA CALLE PLUNET

LA EPOPEYA EN LA CALLE SAINT-DENIS



ACERVO DE LITERATURA

115652



30373

PQ 2286

.M5

56

1901

v.4



LIBRO PRIMERO

ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA

BIEN CORTADO

1831 y 1832, los dos años que siguieron inmediatamente á la revolucion de Julio, son uno de los períodos más sorprendentes y singulares de la historia. Aquellos dos años, en medio de los que los preceden y de los que los siguen, aparecen semejantes á dos montañas. Son grandes, con toda la grandeza revolucionaria; y en aquel espacio se distinguen precipicios. Las masas sociales, los mismos basamentos de la civilizacion, el grupo sólido de los intereses sobrepuestos y adherentes, los rasgos y perfiles seculares de la antigua formacion francesa, aparecen allí y desaparecen á cada instante, en medio de las tempestuosas nubes,

de sistemas, de pasiones y de teorías. Estas apariciones y estas desapariciones recibieron el nombre de resistencia y de movimiento. Por intervalos, vese allí lucir la verdad que es la luz del alma humana.

Hállase aquella época notable bastante circunscrita y principia ya á alejarse de nosotros lo suficiente, para que podamos apreciar desde ahora sus principales lineamentos.

Vamos pues á tratar de hacerlo.

La restauracion habia sido una de esas fases intermedias difíciles de definir, en que hay ya fatiga, zumbidos, murmulos, sueño, tumulto, y que no son otra cosa que la llegada de una gran nacion á una etapa. Estas épocas son singulares y engañan á los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nacion no pide sino reposo; no se siente sino una sed, la sed de la paz; una ambicion, ser pequeño. Lo que equivale á la traduccion de permanecer tranquilo. Grandes sucesos, grandes azares, grandes aventuras, grandes hombres, se han visto bastante, gracias á Dios, se han visto hasta la saciedad. Daríase de buena gana á César por Prusias y á Napoleon por el rey de Yvetot. « ¡Qué buen reyecito era este! » Se ha estado en marcha desde el amanecer, y se halla uno en la noche de una jornada larga y ruda, se ha hecho la primera parada con Mirabeau, la segunda con Robespierre, la tercera con Bonaparte, y se encuentra uno derrengado. Cada una de esas paradas de posta pide un lecho.

Las abnegaciones cansadas, los heroísmos envejecidos, las ambiciones repletas, las fortunas labradas, buscan, reclaman, imploran, solicitan, ¿qué? un albergue. Ya le tienen. Toman posesion de la paz, de la tranquilidad, del ocio; vedlos ya contentos. Sin embargo, al mismo tiempo surgen ciertos hechos, se dan á conocer, y á su vez llaman ellos tambien á la puerta. Estos hechos han emanado de las

revoluciones y de las guerras, existen, viven, tienen derecho á instalarse en la sociedad, y se instalan; y casi siempre los hechos son como los sargentos y los cabos furrieres, que no hacen más que preparar el alojamiento á los principios.

Y entónces hé aquí lo que aparece á los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres fatigados piden reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías para los hechos son lo mismo que el reposo para los hombres.

Es lo que la Inglaterra pedia á los Stuardos despues del protector; lo que la Francia pedia á los Borbones despues del imperio.

Estas garantías son una necesidad de los tiempos. Preciso es concederlas. Los príncipes las « otorgan, » pero en realidad es la fuerza de las cosas la que las da. Verdad profunda y útil de saber, pero que ignoraron completamente los Stuardos en 1662, y que no vislumbraron siquiera los Borbones en 1814.

La familia predestinada que volvió á Francia cuando fué derrocado Napoleon, tuvo la fatal simpleza de creer que era ella la que daba, y que lo que ella daba podia quitarlo cuando se la antojara; que la casa de Borbon poseia el derecho divino, que la Francia no poseia nada; y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era otra cosa que una emanacion, un destello, una rama del derecho divino, rama desprendida por la casa de Borbon y graciosamente entregada al pueblo hasta el dia en que pluguiera al rey volverse á apoderar de ella. Sin embargo, por el pesar y el disgusto que este don la causaba, la casa de Borbon habria debido notar que no provenia de ella.

Mostróse huraña y descontenta con el siglo diez y nueve, poniendo siempre mala cara á cada sintoma de dilatacion

y de progreso en el pueblo. Para servirnos de una palabra trivial, es decir, popular y exacta, rechinó : y el pueblo se apercibió de ello.

Creyó ella que tenía fuerza, porque el imperio había sido arrebatado en su presencia como un bastidor de teatro. Pero no observó que ella á su vez había sido arrebatada de la misma manera. No vió que ella también se hallaba á merced de aquella misma mano que había suprimido á Napoleón.

Creyó que tenía raíces, porque ella representaba el tiempo pasado. Pero se engañaba ; formaba parte del pasado, pero todo el pasado era la Francia. Las raíces de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nación. Aquellas raíces oscuras y vivaces no constituían el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo. Se hallaban en todas partes, excepto bajo el trono.

La casa de Borbon era para la Francia el lazo ilustre y sangriento de su historia, pero no era ya el elemento principal de sus destinos y la base necesaria de su política. Podía la nación pasarse sin los Borbones, se había pasado sin ellos veintidos años ; había habido solución de continuidad ; pero ellos no lo creían, ni lo veían. ¿Y cómo habían de verlo, ellos que se figuraban que Luis XVII reinaba el 9 thermidor, y que Luis XVIII reinaba en la jornada de Marengo? Jamás, desde el origen de la historia, habían sido los príncipes tan ciegos en presencia de los hechos y de la porción de autoridad divina que los hechos contienen y promulgan. Jamás esa pretensión de abajo que se llama el derecho de los reyes había negado hasta tal punto el derecho de arriba.

Error capital que condujo á aquella familia á poner la mano en las garantías « otorgadas » en 1814, en las concesiones, como ella las calificaba. ¡ Cosa triste en verdad ! lo que ella apellidaba sus concesiones, eran nuestras con-

quistas ; lo que llamaba nuestras usurpaciones, eran nuestros derechos.

Cuando la pareció llegada la hora, la restauración, creyéndose victoriosa de Bonaparte y arraigada en el país, es decir creyéndose fuerte y profunda, tomó bruscamente el partido de arriesgar su golpe de mano. Una mañana levantó la cabeza mirando de frente á la Francia, y elevando la voz, la negó el título colectivo y el título individual, á la nación la soberanía, al ciudadano la libertad. En otros términos negó á la nación lo que la constituía nación, y al ciudadano lo que le hacía ciudadano.

Tal es el fondo de aquellos famosos actos que se llaman las ordenanzas de Julio.

La restauración cayó.

Y cayó justamente. No obstante, lo diremos ella no había sido absolutamente hostil á todas las formas del progreso. Habíanse hecho grandes cosas, estando ella al lado.

Bajo la restauración, la nación se había acostumbrado á la discusión en plena calma, lo que faltó á la república, y á la grandeza en plena paz, lo que faltó al imperio. La Francia libre y fuerte había sido un espectáculo animoso, que daba alientos á los demás pueblos de Europa. La revolución había tenido la palabra en tiempo de Robespierre ; el cañón la tuvo después en tiempo de Bonaparte ; en la época de Luis XVIII y de Carlos X fué cuando tocó el turno á la palabra de la inteligencia. Cesó el viento, y la antorcha volvió á encenderse. Vióse centellear sobre las serenas cimas la pura luz de los espíritus. Espectáculo magnífico, útil y encantador. Vióse trabajar durante quince años, en el seno de la paz, en medio de la plaza pública, á estos grandes principios tan viejos para el pensador, tan nuevos para el hombre de Estado : la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de imprenta, la accesibilidad de todas las aptitudes á

todas las funciones. Esto marchó así hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización que se rompió en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones fué llena de grandeza, no por parte de ellos, sino por parte de la nación. Ellos descendieron del trono con gravedad, pero sin autoridad; su caída en la noche no fué una de esas desapariciones solemnes que dejan una emoción sombría en la historia; ni fué la calma espectral de Carlos I, ni el grito de águila de Napoleón. Se fueron, y nada más. Deposieron la corona, pero no conservaron aureola ninguna. Se mostraron dignos, pero no angustos. Faltaron hasta cierto punto á la majestad de su desgracia. Carlos X, durante su viaje á Cherburgo, haciendo cortar una mesa redonda para convertirla en mesa cuadrada, parecía más preocupado de la etiqueta en peligro que de la monarquía desplomándose. Tanta pequeñez entristeció á los hombres adictos que profesaban amor á su persona, y á los hombres formales que rendían homenaje á su raza. Por lo que hace al pueblo, estuvo admirable. Atacada una mañana, de improviso, á mano armada, por una especie de insurrección régia, la nación se sintió tan fuerte, que no mostró ira ninguna. Se defendió, se contuvo, volvió á colocar las cosas en su sitio, al gobierno en la ley, á los Borbones en el destierro; ¡ah! y se detuvo. Tomó á Carlos X bajo aquel dosel que había cobijado á Luis XIV, y con la mayor suavidad y dulzura le depositó en el suelo. No tocó ella á las personas reales sino con tristeza y precaución. No fué un hombre, no fueron algunos hombres, fué la Francia, la Francia entera, la Francia victoriosa y ebria de su triunfo, la que pareció recordar y la que practicó á la vista del mundo entero estas graves palabras de Guillermo del Vair después de la jornada de las barricadas: — « Es cosa común y » fácil á los que están acostumbrados á deshojar los fa-

Hijo de un padre á quien la historia concederá sin duda las circunstancias atenuantes, pero tan digno de estimación como digno había sido aquel padre de censura, reuniendo en sí todas las virtudes privadas y muchas de las virtudes públicas; cuidadoso de su salud, de su fortuna, de su persona, de sus negocios; conocedor de lo que vale un minuto, y no siempre de lo que vale un año; sobrio, sereno, apacible, paciente; buen hombre y buen príncipe; que dormía con su mujer y tenía en su palacio lacayos encargados de mostrar el lecho conyugal á los bourgeois, rara ostentación de alcoba que los antiguos alardes ilegítimos de la rama primitiva y directa de los Borbones habían hecho de grande utilidad; que sabía todas las lenguas de Europa, y lo que es más raro aún, todos los lenguajes de todos los intereses, y los hablaba; admirable representante de la « clase media. » pero sobrepujándola, y más grande que ella bajo todos conceptos; que tenía el excelente espíritu, sin dejar de apreciar la sangre de la cual salía él, de contarse sobre todo por su valor intrínseco, y aún en la cuestión de su propia raza, muy particular, declarándose Orleans y no Borbon: muy primer príncipe de la sangre mientras que no había sido sino alteza serenísima, pero sencillo y franco bourgeois el día en que fué majestad; difuso en público, conciso en la intimidad; señalado como avaro, pero no probado; en el fondo, uno de esos hombres económicos fácilmente pródigos por capricho ó por deber; letrado, y poco sensible á las letras; doble y caballeroso, sin ser quijotesco; sencillo, tranquilo y fuerte; adorado de su familia y de su casa; de grata y seductora conversación, hombre de Estado sin ilusiones; interiormente frío, dominado por el interés inmediato, gobernando siempre lo más cerca posible, incapaz de rencor y de reconocimiento, gastando sin piedad las superioridades sobre las mediocridades; hábil para hacer condenar por las mayorías parlamentarias á esas unanimidades

misteriosas que murmuran sordamente bajo los tronos; expansivo, á veces imprudente en su expansión, pero de una destreza maravillosa en esta imprudencia; fértil en expedientes, en gestos, en caretas; haciendo miedo á la Francia con la Europa y á la Europa con la Francia; que amaba incontestablemente á su país, pero que prefería á su familia; que apreciaba más la dominación que la autoridad, y más la autoridad que la dignidad, disposición que suele ser funesta, porque consagrándolo todo al éxito, admite el artificio y no repudia absolutamente la bajeza, pero que al mismo tiempo ofrece las ventajas de preservar á la política de los choques violentos, de rompimientos al Estado, y á la sociedad de catástrofes; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose algunas veces, y desmintiéndose, atrevido contra el Austria en Ancona, terco contra la Inglaterra en España, bombardeando á Amberes y pagando á Pritchard; cantando con convicción la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, á la lasitud, al gusto de lo bello y de lo ideal, á las generosidades temerarias, á la utopía, á la quimera, á la ira, á la vanidad, al temor; reuniendo en sí todas las formas de la intrepidez personal; general en Valmy, soldado en Jemmapes; probado ocho veces por el regicidio, y siempre sonriendo; bravo como un granadero, animoso como un pensador; inquieto solamente ante las probabilidades de un movimiento europeo, é impropio para las grandes aventuras políticas; pronto siempre á arriesgar su vida, pero no su obra; disfrutando su voluntad en influencia, á fin de hacerse obedecer más bien como inteligencia que como rey; dotado de observación, pero no de prevision; poco atento á los espíritus, pero concibiendo bien á los hombres, es decir, que necesitaba ver para juzgar; buen sentido, pronto y penetrante, sabiduría práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; recurriendo siempre á esta memoria, su único punto de semejanza con

César, Alejandro y Napoleon; conocedor de los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios; ignorando las tendencias, las pasiones, los genios diversos de la muchedumbre, las aspiraciones interiores, las ocultas y oscuras rebeliones de las almas, en una palabra, todo cuanto pudiera llamarse las corrientes invisibles de las conciencias; aceptado por la superficie, pero poco de acuerdo con las capas inferiores ó interiores de la sociedad francesa; zafándose de este peligro por la astucia; gobernando demasiado y no reinando bastante; siendo él mismo su primer ministro; sobresaliente en el arte de hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo á la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, cierto espíritu forense y de embrola; fundador y abogado de una dinastía; teniendo algo de Carlomagno y algo de un procurador; en suma, figura elevada y original; príncipe que supo ser poder á pesar de la inquietud de la Francia, y ser potencia en despecho de la envidia de la Europa, Luis Felipe será clasificado entre los hombres eminentes de su siglo, y también figuraría entre los más ilustres gobernantes de la historia, si hubiera él amado la gloria y si hubiera tenido el sentimiento de lo grande en el mismo grado que tenía el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe había sido una hermosa figura, y, envejecido ya, conservaba aún cierta gracia; no siempre aceptado por la nación, lo era sin embargo por la muchedumbre, á la cual agradaba. Tenía lo que se llama don de gentes. Faltábale empero la majestad; ni llevaba corona, aunque era rey, ni canas, aunque anciano. Sus modales eran del antiguo régimen, y sus hábitos del nuevo, rara mezcla de noble y de bourgeois que convenia á 1830; Luis Felipe era la transición en el trono; había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opi-

niones modernas; amaba á la Polonia y á la Hungría, pero escribía *les Polonois* y pronunciaba *les Hongrais*. Llevaba la casaca de la guardia nacional como Carlos X, y el cordon de la Legion de honor como Napoleon.

Iba poco á la capilla, nada á la caza, jamas á la Ópera. Incorruptible á los sacristanes, á los monteros de trailla y las bailarinas; todo esto formaba parte de su popularidad *bourgeoise*. No tenía corte. Salía con su paráguas bajo el brazo, paráguas que tambien constituyó por mucho tiempo una buena parte de su auréola. Era algo albañil, algo jardinero y tambien tenía algo de médico; él mismo sangraba á un postillon que caía del caballo; Luis Felipe no iba nunca sin su lanceta como Enrique III no iba jamas sin su puñal. Los realistas se burlaban de aquel rey ridículo, el primero entre los reyes que ha derramado sangre para curar.

En el catálogo de quejas y agravios de la historia contra Luis Felipe, es preciso hacer una grande rebaja; hay lo que acusa al trono, lo que acusa al reinado, y lo que acusa al rey; tres columnas cada una de las cuales da un total muy diferente. El derecho democrático confiscado, el progreso transformado en el segundo interes, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecucion militar de las insurrecciones, el motin pasado por las armas, la jornada de la calle de Transnonain, los consejos de guerra, la absorcion del país real por el país legal, el gobierno en aparcería con trescientos mil privilegiados, todo esto es la obra de la monarquía, del trono; la Bélgica rehusada, la Argelia conquistada con demasiada dureza, y, como la India por los ingleses, con más barbarie que civilizacion, la falta de palabra y de fe para con Abd-el-Kader, Blaye, Deutz comprado, Pritchard pagado, son hechos propios del reinado de Luis Felipe; la política más familiar que nacional, es la obra del rey.

Segun se ve, una vez hecho el descuento, el cargo del rey queda bastante disminuido.

Su falta capital, héla aquí: El haber sido modesto en nombre de la Francia.

¿De dónde proviene esta falta?

Lo diremos.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre; esta incubacion de una familia que se quiere transformar en dinastía tiene miedo de todo y no gusta de que se la incomode: de aquí una timidez excesiva, importuna para el pueblo que cuenta el 14 de Julio en su tradicion civil y Austerlitz en su tradicion militar.

Por lo demas, si se hace abstraccion de los deberes públicos, que siempre quieren ser desempeñados los primeros, aquella profunda ternura de Luis Felipe por su familia, era muy merecida por parte de esta. Aquel grupo doméstico era admirable. Las virtudes se aliaban allí á los talentos. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, colocaba el nombre de su familia entre los artistas, como Carlos de Orleans le habia ya colocado entre los poetas. De su alma hizo ella un mármol al cual dió el nombre de Juana de Arco. Dos hijos de Luis Felipe arrancaron en cierta ocasion á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como apenas se ven ya y príncipes como no se ven nunca.*

Hé aquí, sin disimular nada, pero tambien sin nada agravar, la verdad acerca de Luis Felipe.

Ser el príncipe igualdad, llevar en sí mismo la antitesis de la restauracion y de la revolucion, tener ese lado inquietante del revolucionario que se transforma en prenda de seguridad una vez convertido en poder; tal fué la fortuna de Luis Felipe en 1830; jamas hubo adaptacion más completa de un hombre á un acontecimiento; el uno entró en el otro, y la encarnacion se hizo. Luis Felipe era 1830 hecho hombre. Además, tenía todavía él en su favor

esta grande designacion al trono, el destierro. Habia sido proscrito, errante, pobre. Habia vivido de su trabajo. En Suiza, este propietario de los más ricos dominios que príncipes poseian en Francia, se vió obligado á vender un caballo viejo para comer. En Reichenau habia dado lecciones de matemáticas, mientras que su hermana Adelaïda bordaba y cosia para mantenerse. Estos recuerdos, asociados á la idea de un rey, entusiasmaban á la bourgeoisie. Él mismo habia demolido con sus propias manos el último calabozo de hierro del Mont-Saint-Michel, que habia hecho construir Luis XI y que utilizó Luis XV. Era el compañero de Dumouriez, era el amigo de Lafayette; habia sido del club de los Jacobinos; Mirabeau le habia dado con la mano en los hombros; Danton le habia dicho: ¡ Joven! Á la edad de veinticuatro años, en 93, cuando sólo era el señor de Chartres, habia asistido, desde el fondo de una tribuna oscura de la Convencion, al proceso de Luis XVI, tan oportunamente apellidado *ese pobre tirano*. La ciega perspicacia de la revolucion, destrozando el trono en el rey y al rey con el trono, casi sin reparar en el hombre al aterrarse horriblemente la idea; la vasta tempestad de la asamblea-tribunal; las iras populares interrogando; Capeto sin saber qué responder; la espantosa vacilacion estupefacta de aquella cabeza régia bajo aquel soplo sombrío; la inocencia relativa de todos en aquélla catástrofe, de los que condenaban como del que era condenado; habia él mirado estas cosas, habia contemplado aquellos vértigos; habia visto á los siglos comparecer á la barra de la Convencion; habia visto, detras de Luis XVI, este infortunado pasajero responsable, levantarse en las tinieblas la formidable acusada, la monarquía; y le habia quedado en el alma el espanto respetuoso de aquellas inmensas justicias del pueblo, casi tan impersonales como la justicia de Dios.

La huella que la revolucion habia dejado en él era prodigiosa. Su memoria era como una marca viva de aquellos grandes años, minuto por minuto. Un dia, en presencia de un testigo de quien no es imposible dudar, rectificó él de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea constituyente.

Luis Felipe ha sido un rey á la clara luz del dia. Durante su reinado, la prensa ha sido libre, la tribuna ha sido libre, la conciencia y la palabra han sido libres. Las leyes de Setiembre son de claraboya. Bien que él conociese el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó siempre su trono expuesto á la luz. La historia le tendrá en cuenta esta lealtad.

Como todos los hombres históricos separados de la escena, Luis Felipe se halla hoy colocado bajo el juicio de la conciencia humana. Su proceso sólo se encuentra aún en primera instancia.

Aún no ha sonado para él la hora en que la historia habla con su acento venerable y libre; aún no ha llegado el momento de pronunciar acerca de este rey el juicio definitivo; hasta el mismo Luis Blanc, el austero é ilustre historiador, ha mitigado recientemente su primer veredicto; Luis Felipe fué el elegido de esos dos cuasis, ó poco más ó ménos, que se llaman los 221 y 1830, es decir, de un semiparlamento y de una semirevolucion; y en todo caso, bajo el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofía, nosotros no podríamos juzgarle aquí, segun habrá podido entreverse arriba, sino con ciertas reservas, en nombre del principio democrático absoluto; á los ojos del absoluto, fuera de estos dos derechos: el derecho del hombre, en primer lugar, y despues el derecho del pueblo, todo es usurpacion; pero lo que podemos decir desde ahora, una vez hechas estas reservas, es que, en resumen, y de cualquier manera que le considere, Luis Felipe, to-

mado en sí mismo, y bajo el punto de vista de la bondad humana, pasará, sirviéndonos del viejo lenguaje de las historias antiguas, por uno de los mejores príncipes de cuantos han ocupado un trono.

¿Qué es lo que tiene él contra sí? Este trono. Suprimid en Luis Felipe al rey, y os quedará el hombre. Y el hombre es bueno. Es bueno á veces hasta ser admirable. Con frecuencia, en medio de los más graves cuidados y atenciones, despues de un dia de lucha contra toda la diplomacia del continente, entraba por la noche en su cámara, y allí, rendido de cansancio, abrumado de sueño, ¿qué es lo que hacía? Tomaba un expediente, un proceso, y pasaba toda la noche en revisar una causa criminal, juzgando que si valia algo el hacer rostro firme á la Europa, valia aún mucho más el arrancar á un hombre de manos del verdugo. Solia mostrarse terco y porfiado con su guardasellos; disputaba el terreno de la guillotina palmo á palmo con sus procuradores generales, *estos parlanchines de la ley*, como él los apellidaba. Á veces se hallaba su mesa atestada de procesos apilados; y el rey los examinaba todos; era para él una angustia suprema el haber de abandonar aquellas miserables cabezas condenadas. Un dia dijo al mismo testigo que hemos indicado poco há: *Esta noche, he ganado siete*. En los primeros años de su reinado, la pena de muerte se hallaba como abolida, y el volver á erigir el cadalso fué un acto de violencia hecha al rey. Habiendo desaparecido la Grève con la línea dinástica directa, instituyóse una nueva Grève bourgeoise bajo el nombre de Barrière Saint-Jacques; los « hombres prácticos » se persuadieron de la necesidad de una guillotina cuasi legitima; siendo este uno de los triunfos de Casimir Perier, que representaba la parte estrecha de la bourgeoisie, sobre Luis Felipe, representante del elemento liberal de esta clase. Luis Felipe habia anotado á Beccaria,

de su propio puño. Despues de la máquina de Fieschi, exclamó: *¡Qué lástima que yo no haya sido herido! pues entonces habria podido agraciarse*. En otra ocasion, aludiendo á las resistencias de sus ministros, escribia á propósito de un condenado político que es una de las figuras más generosas de nuestra época: *Su gracia está concedida; ya sólo me falta obtenerla*. Luis Felipe era afable como Luis IX y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, donde la bondad es la perla rara, el que ha sido bueno pasa casi ántes del que ha sido grande.

Habiendo sido apreciado Luis Felipe severamente por los unos, duramente tal vez por los otros, es muy natural que un hombre, fantasma él tambien en este momento, que conoció á aquel rey, venga á declarar por él ante la historia; esta declaracion, cualq iera que ella sea, es evidentemente, y ante todo, desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participacion de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza; no es de temer que se diga jamas de dos tumbas en el destierro: Esta ha adulado á aquella otra.



IV

HENDIDURAS EN LOS CIMIENTOS

En el momento en que el drama que referimos va á penetrar en la espesura de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era preciso obviar todo género de equivoco, era indispensable que este libro se explicara acerca de aquel rey.

Había entrado Luis Felipe en posesion de la autoridad real sin violencia, sin accion directa de su parte, por el hecho de una virada revolucionaria, muy distinta sin duda del objeto real de la revolucion, pero en la cual él, duque de Orleans, no tuvo la menor iniciativa personal. Nacido príncipe, creíase él elegido rey. No se habia conferido á sí mismo este mandato, no le habia tomado; se le habian ofrecido y él habia aceptado; convencido, sin razon en nuestro sentir, de que la oferta era conforme al derecho, y de que la aceptacion era conforme al deber. De aquí una

posesion de buena fe. Ahora bien, lo decimos en el fondo de nuestra conciencia, hallándose Luis Felipe de buena fe en su posesion, y siendo tambien de buena fe los ataques de la democracia, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no es un cargo para la una ni para el otro. para la democracia, ni para el monarca. Un choque de principios se asemejaba á un choque entre los elementos. El Océano defiende al agua, el huracan defiende al aire; el monarca defiende á la monarquía, la democracia defiende al pueblo; lo relativo, que es el trono, resiste al absoluto, que es la república; la sociedad derrama sangre bajo este conflicto; pero lo que hoy es su sufrimiento, despues será su salvacion; y, en todo caso, no hay por qué censurar á los que luchan; es evidente que uno de los dos partidos se equivoca: el derecho no está, como el coloso de Rhódas en dos riberas á la vez, con un pié en la república y con otro pié en la monarquía; sino que es indivisible, y se halla todo entero en un lado; pero los que se equivocan se equivocan sinceramente; no es más culpable un ciego que bandido un Vendeano. No imputemos sino á la fatalidad de las cosas esas formidables colisiones. Sean cualesquiera esas tempestades, la irresponsabilidad humana interviene en todo eso.

Concluamos con esta exposicion.

El gobierno de 1830 tuvo muy pronto la vida endurecida de la vejez. Nacido ayer, vióse precisado á combatir hoy.

Apénas instalado, sentia él ya por todas partes vagos movimientos de traccion en el reciente aparato de Julio, tan tierno aún y tan poco sólido.

La resistencia nació al dia siguiente, y aún tal vez habia ella nacido la vispera.

Cada mes iba adquiriendo la-hostilidad mayor extension, y de sorda que fué al principio, se convirtió al poco tiempo en patente y ostensible.

La revolucion de Julio, poco aceptada fuera de la Francia por los reyes, segun hemos dicho, habia sido en Francia interpretada en diversos sentidos.

Dios entrega á los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos. texto oscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres hacen de él en seguida sus correspondientes traducciones; traducciones apresuradas, prematuras, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos. Son muy pocos los espíritus que comprenden la lengua divina. Los más sagaces, los más serenos, los más profundos, descifran lentamente, y cuando ellos llegan con su texto, hace ya mucho tiempo que la tarea está concluida; hay veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido, y de cada contrasentido nace una faccion; y cada partido cree poseer el solo texto verdadero, y cada faccion cree poseer la luz.

De ordinario sucede tambien que el mismo poder es una faccion.

Hay en las revoluciones ciertos nadadores que van contra la corriente, tales son los partidos viejos.

Para los partidos viejos, que continúan siempre adheridos al principio de la herencia por la gracia de Dios, habiendo salido las revoluciones del derecho de rebelion, hay derecho de rebelion contra ellas. Esta teoría no pasa de ser un error. Pues en las revoluciones, el rebelde no es el pueblo, sino el rey. Revolucion es precisamente todo lo contrario de rebelion. Siendo la consumacion de un hecho normal, aunque grande, toda revolucion contiene en sí misma su legitimidad, que supuestos ó falsos revolucionarios deshonran á veces, pero que persiste, aún mancillada, que sobrevive, aún ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad. Una revolucion es la vuelta de lo facticio á lo real. Existe, porque es preciso que exista.

Mas no por eso dejaban de embestir á la revolucion de 1830 los antiguos partidos legitimistas, con todas las violencias que brotan y emanan del falso razonamiento. Los errores suelen ser excelentes proyectiles, y la herian sabiamente en los puntos en que ella era vulnerable, por falta de coraza, por ausencia de lógica; atacaban á aquella revolucion en su trono, y la gritaban: ¿Si eres Revolucion, por qué es rey? Las facciones son ciegos que hacen buena puntería.

Este grito, tambien le daban á su vez los republicanos. Pero, por parte de ellos, este grito era lógico. Lo que en los legitimistas era ceguera, era perspicacia en los demócratas. 1830 habia hecho bancarota al pueblo. La democracia indignada se lo echaba en cara.

El establecimiento de Julio se agitaba, pues, y resistia entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir. Representaba el minuto luchando, por una parte con los siglos monárquicos, por otra con el derecho eterno.

Ademas en el exterior, no siendo ya la revolucion, sino la monarquía, 1830 se veía obligado á tomar el paso de la Europa. Guardar la paz, aumento de complicacion. Una armonía querida á la fuerza, establecida como un contrasentido, es de ordinario más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto siempre eufrenado, pero siempre bramando, nació la paz armada, ruinoso expediente de la civilizacion que se declara ella misma sospechosa. Á pesar de todo esto, el trono de Julio se encabritaba á veces uncido como él iba en el tiro de los gabinetes europeos. Metternich le habria puesto de buena gana el ronzal. Impelido en Francia por el progreso, impelia á su vez en Europa á los demas tronos estas especies de tardigrados. Remolcado, remolcaba él tambien.

Entre tanto, en el interior, pauperismo, proletariado salario, educacion, penalidad, prostitucion, suerte de le

mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho del capital, derecho del trabajo, todas estas cuestiones se multiplicaban y como que se cernían por encima de la sociedad, ocasionando un desequilibrio, un desplomo terribles.

Fuera de los partidos políticos propiamente dichos, manifestábase otro género de movimiento. Á la fermentación democrática, correspondía la fermentación filosófica. La parte selecta de la sociedad se sentía perturbada como la muchedumbre; en otro sentido, pero no con menos intensidad.

Mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus pies con cierta especie de vagos sacudimientos epilépticos, los pensadores meditaban. Estos soñadores, los unos aislados, los otros reunidos en familias y casi en comunión, removían las cuestiones sociales pacíficamente, pero de un modo profundo; mineros impasibles, que hacían avanzar tranquilamente sus galerías por las profundidades de un volcán, estorbados ó distraídos apenas por sordas conmociones y por llamaradas entrevistas.

Esta tranquilidad no era uno de los espectáculos menos bellos de aquella época agitada.

Aquellos hombres dejaban á los partidos políticos la cuestión de los derechos, y ellos se ocupaban de la cuestión del bienestar.

La dicha del hombre, hé aquí lo que ellos querían extraer de la sociedad.

Las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, las elevaban casi á la dignidad de una religión. En la civilización, tal cual ella se hace, algo por Dios, mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan y se amalgaman de manera que forman una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacien-

temente estudiada por los economistas, estos geólogos de la política.

Aquellos hombres, que se agrupaban bajo distintas denominaciones, pero que podemos designarlos, á todos ellos, con el título genérico de socialistas, procuraban horadar esa roca y hacer que brotasen de ella las cristalinas aguas de la felicidad humana.

Desde la cuestión del cadalso hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abrazaban todo. Al derecho del hombre, proclamado por la revolución francesa, añadían ellos el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie extrañará que, por diversas razones, no tratemos aquí nosotros á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones suscitadas por el socialismo. Nos limitaremos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponían resolver, si prescindimos en ellos de las visiones cosmogónicas, de los delirios y del misticismo, pueden condensarse y reducirse á dos problemas principales

Primer problema :

Producir la riqueza;

Segundo problema :

Repartirla.

El primer problema encierra la cuestión del trabajo.

El segundo contiene la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo, de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta la potencia pública, el poderío nacional.

De la buena distribución de los goces resulta la dicha individual.

Por buena distribución, es preciso entender, no una distribución igual, sino una distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poderío público en el exterior, dicha individual en el interior, resulta la prosperidad social.

Prosperidad social, quiere decir el hombre dichoso, el ciudadano libre, la nacion grande.

La Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Ella crea admirablemente la riqueza; pero la reparte mal. Esta solucion que no es completa sino en una parte, la conduce fatalmente á estos dos extremos: opulencia monstruosa, monstruosa miseria. Todos los goces para algunos individuos solamente; todas las privaciones para los demas, es decir, para el pueblo; el privilegio, la excepcion, el monopolio, la feudalidad, naciendo allí del trabajo, o mismo. Falsa y peligrosa situacion, que asienta el poderío público sobre la miseria privada, que arraiga la grandeza del Estado en los sufrimientos del individuo. Grandeza mal compuesta, donde se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningun elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan. Su reparticion mata la produccion. Una distribucion igual destruye la emulacion; y por consiguiente el trabajo. Es una reparticion hecha por el carnicero, que mata lo que reparte. Imposible es por lo tanto el detenerse en estas mal llamadas soluciones. Matar la riqueza, no es distribuirla.

Para resolverlos bien, es necesario resolver juntos estos dos problemas. Las dos soluciones deben de hallarse combinadas, y que no formen sino una sola.

Si sólo resolvéis el primero de los dos problemas, seréis Venecia, seréis Inglaterra. Tendréis como Venecia un poderío artificial, ó como Inglaterra una potencia material; seréis el rico malo. Pereceréis por una via de hecho, como murió Venecia, ó por una bancarota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer, porque el mundo

deja caer y morir todo lo que no es más que egoismo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Entiéndase bien aquí que, por estas palabras, Venecia, Inglaterra, designamos, no pueblos sino organismos sociales; las oligarquías sobrepuestas á las naciones, y no las mismas naciones. Estas tienen siempre nuestro respeto y nuestras simpatías. Venecia, pueblo, renacerá; Inglaterra, aristocracia, caerá; pero Inglaterra, nacion, es inmortal. Dicho esto, prosigamos.

Resolved ambos problemas, alentad al rico y proteged al pobre, suprimid la miseria, poned fin á la explotacion injusta del débil por el fuerte, aplicad un freno á la invidia del que está en camino contra el que ya llegó, ajustad, apropiad matemática y fraternalmente el salario al trabajo, mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria con la crianza y desarrollo de la infancia y haced de la ciencia la base de la virilidad, desenvolved las inteligencias á la vez que ocupéis los brazos, sed al mismo tiempo un pueblo poderoso y una familia de hombres dichosos, democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de modo que todo ciudadano, sin excepcion, sea propietario, cosa mucho más fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir la riqueza y sabed repartirla, y así lograréis combinar la grandeza material y la grandeza moral, y seréis dignos de llamaros la Francia.

Hé aquí, abstraccion hecha de algunas sectas que se extraviaban en sus sueños y desvarios, lo que decia el socialismo; hé aquí lo que él buscaba en los hechos, hé aquí lo que él bosquejaba en los espíritus.

¡Admirables esfuerzos! ¡sagradas tentativas!

Estas doctrinas, estas teorías, estas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, ciertas evidencias confusamente entrevistas,